

diario

Jueves 10 de julio de 2008

República Argentina - Año XXXII - Nº 8080

Edición de 52 páginas en 3 secciones

ámbito financiero

Precio del ejemplar: \$ 2,50 - Recargo interior: \$ 0,40 - Exterior: Chile \$ 1.700 (IVA incluido) - Paraguay G 5.000 - Uruguay \$ 35 - Brasil R\$ 8

Se deteriora uno de los dos gemelos: superávit comercial

Escribe
Agustín A. Monteverde
Economista

Diversas voces del mundo político y empresario han adjudicado el cambio de actitud del BCRA durante las últimas semanas a un inescrupuloso afán de venganza de los Kirchner contra los sectores productivos, tanto rurales como industriales.

Buscando motivaciones algo más racionales y virtuosas, ese accionar podría ser visto como un intento —aunque aislado y sin acompañamiento de la política fiscal ni de la de ingresos— de desacelerar la inflación, a la que el mismo BCRA dio rienda suelta en todos estos años. Años en que se dedicó a hacer precisamente lo inverso: sostener alto el dólar y hundir el peso, con una expansión monetaria que llegó a superar el 35 % interanual (por cierto que el actual es en todo caso un intento desinflacionario tímido, pues la emisión de base se mantiene aún por encima del 21 % interanual).

En lo que no hay dudas es sobre el tenor de algunas voces críticas que ya se alzan y se alzarán en las próximas semanas, advirtiendo que “la apreciación nominal del peso amenaza nuestro superávit externo”.

Si examinamos el desempeño de la balanza comercial hasta mayo —cinco meses en que la política cambiaria mantuvo el sesgo “competitivo”, desvalorizando el peso con compras de divisas— podemos advertir que efectivamente el sostenimiento futuro de aquel superávit está en riesgo, pero no por obra de la mentada apreciación. El excedente cayó en abril y mayo y lo mismo habría ocurrido en junio.

Lo facturado por exportaciones acumuladas en los primeros cinco meses —es decir, no una muestra puntual sino casi medio año— ha crecido

un quinto por debajo de lo que lo hicieron las compras. La situación sería mucho peor si el dólar no se hubiera desvalorizado frente a otras monedas y la rueda de la fortuna de los precios internacionales no hubiera jugado a nuestro favor. En los primeros cinco meses del año los precios de los bienes que vendemos aumentaron casi tres veces lo que lo hicieron aquellos que adquirimos.

Por ello, si tomamos las cantidades exportadas hasta mayo, vemos que éstas vienen creciendo diez veces más lento que nuestras compras. La tendencia a futuro es una caída lisa y llana de los volúmenes exportados —es lo que ocurrió en los últimos tres meses, mientras las unidades compradas crecen 30 % interanual.

La tentación intervencionista es percibir en esto una manía consumista de los argentinos y no advertir que es el resultado natural del sesgo prodemanda y antioferta de la política kirchnerista. Las limitaciones a la expansión de la oferta —la saturación de la capacidad instalada de varios sectores ante la falta de inversiones— y la crisis energética han venido impulsando las importaciones, además de presionar sobre los precios internos.

La demanda interna creció en 2007 el doble de rápido que la oferta doméstica; ese desequilibrio se cubre con importaciones.

Otra razón de deterioro de la balanza comercial es la elevada inflación doméstica, que hace más competitivos los precios de los productos extranjeros y encarece a los nacionales.

El modelo de tipo de cambio alto ha sido enarbolado como prerrequisito de competitividad externa cuando en realidad ha sido solo la excusa para poder hacerse fácilmente de los fondos de los sectores exportadores más productivos, que no dependen del subsidio cambiario. Nada más ilustrativo para comprender su fracaso como motor exportador que examinar el comercio bilateral con Brasil.

Brasil ha seguido durante todos estos años una política inversa a la nuestra, de permanente apreciación de su moneda, tanto sobre el dólar estadounidense como sobre otras divisas principales. Tan solo el año pasado, el real se revaluó 21 % frente al dólar. Y otro 8,5 % en lo que va de 2008.

De acuerdo al credo productivista, el comercio exterior de Brasil debiera haber colapsado, y su mercado interno tendría que padecer una auténtica inundación de productos argentinos, beneficiados por un tipo de cambio bilateral super-alto. Pues bien, pese a esa brecha cambiaria creciente a nuestro favor, la balanza bilateral muestra durante 61 meses consecutivos un no menos creciente desequilibrio en nuestra contra.

En lo que va del año, el déficit bilateral es 43 % mayor al del mismo período de 2007 y ya es seguro que esa situación no se revertirá durante 2008.

Es que no se compite sólo con costos (salariales) bajos. La verdadera eficiencia reside en la productividad combinada del trabajo, del capital y de la tierra. Pero también en reglas estables y justas, amparadas por instituciones sólidas y gobiernos austeros.

La voracidad fiscal implica costos mayores sin mejora de la productividad. Y en este punto las comparaciones son odiosas. Con el objeto de asegurarse U\$ 9000 MM, el Ejecutivo argentino se arrogó facultades legislativas y en un lapso de cuatro meses ordenó dos aumentos en los impuestos a las exportaciones agropecuarias y los implantó para las mineras —quebrando la estabilidad tributaria que se les había garantizado a estas inversiones. El gobierno brasileño, a cambio, dispuso un recorte de gastos de U\$ 5157 MM sesenta días después de anunciar otra rebaja, que en ese caso fue por la friolera de U\$ 11400 MM mientras se anticipan incentivos a la producción de materias primas.

“—No se equivoque —me dicen— Lo que sucede es que nosotros tenemos una política industrialista y por eso premiamos con reintegros y protecciones arancelarias a algunos sectores mientras que gravamos con retenciones a otros.”

—Ah, bueno. Si ese es el objetivo, entonces estamos realmente en aprietos: apenas el 29 % de nuestras ventas son industriales.

Escupir al cielo.

No todo son malas noticias. A pesar de la permanente diatriba contra el agro y del ingrato desprecio por las condiciones naturales con que Dios bendijo nuestra tierra, el aumento de nuestras exportaciones obedece al salto —nada menos que de 52 %— en las ventas de productos primarios y al feroz crecimiento de la industria agroalimentaria, con 49 % más unidades vendidas que en el mismo período de 2007. Estos sectores también son los principales responsables de inversiones “en serio”. Nos referimos a tractores, cosechadoras, procesadoras y empacadoras, y no a aparatos telefónicos y celulares, también rotulados por el INDEC como bienes de capital. El procesamiento de los bienes agropecuarios —puro valor agregado— representa ya más de un tercio del valor de todas nuestras ventas al exterior.

En lo que hace a la energía y los combustibles —un área en la que supimos ser competitivos gracias al notable ciclo inversor de los denostados ‘90— caen 27 % interanual, desaprovechando el formidable salto de 59 % en sus precios internacionales.

Con verdadera impudicia nos seguimos quejando de los subsidios agrícolas y las protecciones arancelarias de Europa cuando aquí, en pleno reinado de la más amplia y sospechada maquinaria de subsidios y trabas para arancelarias que se haya conocido, la autocracia matrimonial decide llevar el castigo a las exportaciones, colocándolas a apenas 5 % de una completa exacción colectivista. Tanta lamentación nos ha hecho perder de vista que nuestras ventas a la Unión Europea casi igualan a lo que nos compra el MERCOSUR. Mientras éste es la contraparte con la que padecemos el mayor desequilibrio, la UE junto a Chile nos proveen los resultados más superávitarios.

Nuestra situación comercial todavía excedentaria nada tiene que ver con la política cambiaria ni comercial (si es que hay alguna) del gobierno kirchnerista. Se debe por completo a la circunstancia históricamente excepcional de los precios internacionales. Si no se computara la mejora que experimentaron los términos de nuestro intercambio (aumento de los precios de lo que exportamos y caída de los que compramos) en los cinco últimos años, la balanza de 2008 arrojaría un déficit comercial de más de U\$ 15500 MM.

El deterioro de la balanza comercial adquiere particular relevancia en el presente clima de desconfianza y huida de capitales. Si el excedente comercial se erosiona, el BCRA perderá un insustituible proveedor de divisas para equilibrar la sedienta demanda por parte del público y evitar la disparada del dólar.